

# ASSASSIN'S CREED

# ORIGINS

## DESERT OATH



OLIVER BOWDEN

minotauro games



Assassin's Creed®  
ORIGINS  
*Desert Oath*

OLIVER BOWDEN

minotauro games

Título original:  
*Assassin's Creed Origins: Desert Oath*

© 2018 Ubisoft Entertainment. Todos los derechos reservados.  
Assassin's Creed, Ubisoft, Ubi.com y el logo de Ubisoft son marcas registradas  
de Ubisoft Entertainment en Estados Unidos y/o en otros países.

Traducción de Traducciones imposibles, S.L., 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0598-9  
Depósito legal: B. 21.211-2018  
Fotocomposición: Keiko Pink & the Bookcrafters

Impreso en España  
*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## I

En el desierto no había nada salvo el ruinoso refugio de techo plano de un cazador, que dividía el horizonte como un diente solitario y podrido. «Me vale», pensó Emsaf. Ató a su caballo bajo la sombra del edificio y se adentró en el fresco interior del refugio, agradecido por las gruesas paredes de barro que lo aislaban de gran parte del calor.

Dentro de la cabaña, se descubrió la cabeza y evaluó el lugar con una mirada alrededor. No era el lugar idóneo para pasar mucho tiempo allí, desde luego (no había un solo mueble y, además, olía a humedad), pero, aun así, era perfecto para llevar a cabo lo que tenía en mente.

Y lo que tenía en mente era la muerte.

Dejó el arco en el suelo, sacó una flecha del carcaj y la colocó a su lado y, después, se acercó a una pequeña ventana desde la que se veía la llanura que se extendía hasta el horizonte. Estudió varios ángulos largo rato, los ojos entrecerrados. Luego se puso de rodillas y probó diferentes líneas visuales. Finalmente cogió el arco, colocó la flecha y probó su puntería.

Satisfecho, volvió a dejar el arma en el suelo y se comió la última tajada de melón que había comprado en el mercado de Ipu; después se acomodó para esperar la llegada de su presa.

Mientras esperaba, la mente de Emsaf regresó a su familia, a la que había dejado atrás en Hebenu, una separación provocada por una carta que había recibido desde Dyerty. El contenido de la carta lo había

conmocionado tanto que apenas tardó un par de minutos en empezar a coger sus cosas para marcharse.

—Tengo algo que hacer —les había dicho a su mujer y a su hijo—. Algo que no puede esperar. Volveré en cuanto pueda. Os lo prometo.

Le había dicho a Merti que se ausentaría durante varias semanas, puede que incluso meses, y que ella debía encargarse de la plantación y de trillar el grano mientras él estaba de viaje. A Ebe, su hijo de tan solo siete años, le había encomendado la tarea de cuidar de los gansos y los patos; también le había hecho prometer que ayudaría a su madre con el ganado y los cerdos. Emsaf no dudaba ni por un momento de que Ebe cumpliría con su palabra, pues su hijo era buen niño, un hijo abnegado y aplicado con sus tareas.

Las lágrimas se habían agolpado en los ojos de su mujer y de su hijo, y hasta a Emsaf le había costado mantener la compostura delante de ellos, acongojado mientras se montaba en el caballo.

—Cuida de tu madre, hijo —le dijo a Ebe, mientras fingía que se sacaba un poco de polvo que se le había metido en el ojo.

—Sí, papá —contestó Ebe, al que le temblaba el labio inferior. Emsaf y Merti intercambiaron una sonrisa triste. Ambos sabían que aquel día llegaría, pero eso no cambió el hecho de que fuese un golpe duro para toda la familia.

—Rezad a los dioses por mí. Pedidles que nos mantengan a salvo hasta que regrese —pidió Emsaf y, después, guio a su caballo y se dirigió hacia el sudoeste; solo se permitió volver la vista atrás una sola vez hacia su familia, que observaba su marcha. Su despedida se le clavaba en el corazón como un cuchillo.

Había calculado que tardaría unos doce días de viaje en llegar a su destino desde el norte de Hebenu. No se llevó más que lo necesario y avanzaba de noche, con la luna y las estrellas como guía. Durante el día, se bajaba del caballo y dormía bajo la sombra de un terebinto frondoso o dentro de alguna choza que encontraba, lejos de aquel sol abrasador y traicionero.

Un día, a media tarde, se había despertado cuando el sol todavía brillaba en el cielo y había escrutado el horizonte con ojo experto. Allí, casi invisible en la lejanía, pudo ver una débil alteración en la calima, que se extendía por la línea del horizonte como si de cieno se tratase.

Tomó nota mental de ella, pero no le dedicó mucho tiempo más. Sin embargo, al día siguiente se aseguró de despertarse a la misma hora y allí, en la franja de luz en el horizonte, exactamente en el mismo lugar que el día anterior, vio una pequeña mota. No le cabía la menor duda de que lo estaban siguiendo. Y no solo eso, quienquiera que fuese sabía lo que hacía. Era evidente que siempre mantenía la misma distancia entre ellos.

Al comprobar su teoría se arriesgaba a alertar a su perseguidor, pero tenía que hacerlo. Aminoró la marcha. La mota en las ondas de calor no varió. Viajó durante el día, capeando el ardiente sol. La persona que lo seguía tuvo que imitarle. Una noche, Emsaf marchó al galope; presionó a su caballo tanto como se atrevió. El perseguidor lo vio, se adelantó y, de nuevo, lo imitó.

Emsaf solo podía hacer una cosa: tendría que abandonar su misión, al menos por un tiempo, hasta que pudiese encargarse de quienquiera que lo estuviese siguiendo. ¿Cuándo había empezado a seguirle? Como el experto explorador que era, Emsaf había sido muy cuidadoso con sus pasos.

«Vale», pensó, «recapacitemos». Había reparado en el fantasma que lo seguía al quinto día de su viaje, lo cual le daba ánimos: significaba que Merti y Ebe no corrían peligro. Mientras la persona que lo seguía, fuese quien fuese, estuviese lejos de su hogar, todo iba bien. Lo que tenía que hacer era intentar acabar con su acosador.

No muy lejos de Ipu, Emsaf llegó a un poblado. Los mercaderes habían colocado sus puestos y vendían aceites, prendas de ropa, así como legumbres y judías guardadas en grandes tarros. Muchos estaban de paso; Emsaf consiguió encontrar uno que se dirigía rumbo a Tebas. Le dio dinero a cambio de que llevase un mensaje a la ciudad, con la promesa de que recibiría más monedas cuando acabase el trabajo. Emsaf se hizo con provisiones, pero no tardó mucho en emprender la marcha. Los granjeros que pasaban por allí con sus bueyes le recordaron a Merti y a Ebe. Sintió una punzada de nostalgia. Encontró un pasaje y atravesó el Nilo hacia el desierto occidental. Su perseguidor lo siguió mientras planeaba el siguiente paso de su plan.

Dos noches después, había encontrado el refugio del cazador en la llanura y decidió que aquel era el lugar ideal para aguardar.

Y, como era de esperar, su objetivo se dejó ver: a lo lejos, entre la calima, emergió una solitaria figura a lomos de un caballo. Emsaf agradeció tener el sol a la espalda, colocó una flecha en el arco y apuntó al jinete. Observó la sombra de la capa, que tan familiar le era ya, y el color de su caballo.

Había llegado el momento.

Inspiró hondo, sin desviar el arco de su víctima, y apuntó al jinete durante lo que le pareció una eternidad. Tenía que soltar la flecha antes de que le empezasen a temblar los músculos y que, por ende, fallase el disparo. Tenía que acabar con la situación ya.

Abrió los dedos de la mano derecha.

La flecha dio de lleno en su objetivo. El jinete lejano cayó de su montura y se estrelló contra el suelo, envuelto en una nube de polvo y arena. Emsaf preparó otra flecha y apuntó de nuevo, listo para volver a disparar a su perseguidor si fuese necesario, atento a que el cuerpo caído diese señales de vida.

Pero no hubo ninguna.

*Dos semanas antes*

El asesino se levantó al amanecer, justo antes de que los rayos del sol naciente atravesasen la esterilla y el candente calor que emanaban le diese de pleno en los ojos. En poco tiempo, su hogar se caldearía, pero mientras se vestía, sacaba el manto de su cama y se cubría los hombros con él, notó que un frescor vigorizante se había instalado en el silencio.

En otra habitación, se preparó lo que le quedaba de pan y de fruta y se lo comió despacio, absorto en sus reflexiones, mientras despejaba su mente para la tarea que tenía por delante. Había pasado mucho tiempo, pero tanto su mente como su cuerpo estaban preparados; sus espadas estaban afiladas.

Cuando terminó de comer, ultimó los preparativos y consultó varios mapas. Las cicatrices que lucía en el lateral de la cara se reflejaron en el espejo de bronce que solía usar para ponerse kohl bajo los ojos y evitar los rayos del sol.

El asesino se preguntó si Iset, Horus y Anubis le favorecerían.

Solo el tiempo lo diría.

Tardó tres días y tres noches en llegar a la zona de labranza de Hebenu, un montón de casuchas en la arena con vallas para el ganado y una cuerda de la que colgaba una colada tan blanca que lanzaba destellos.



Seguro de que las curvas del terreno lo resguardaban, se detuvo en un grupo de palmeras y ató su caballo bajo la sombra de un árbol. Allí, sacó un odre de agua de su bolsa, comprobó la posición del sol y se aseguró de que quedase siempre a su espalda mientras avanzaba. Encontró una depresión adecuada en el desierto y se atrincheró allí. Se cubrió con el manto y se puso cómodo, al acecho.

Allí. En la vivienda del granjero. Algo se movía. La figura de un hombre, no, de una mujer se dirigía hacia el pozo de la *sakia*, cargada con un gran cubo. El asesino entrecerró los ojos cuando vio sus andares, los movimientos justos y necesarios, controlados. Mientras la observaba, la mujer rellenó el recipiente, lo apoyó sobre el borde del pozo y se quedó un momento de pie, con las manos sobre las caderas. Momentos después, ahuecó las manos alrededor de la boca y gritó un nombre que viajó a lomos de una ligera brisa.

—¡Ebe!

Su objetivo se llamaba Emsaf. Podía estar en cualquier lado (en el pueblo u ocupado con el cultivo, fuera de su campo visual) o quizá se había marchado de viaje. Un niño apareció frente a la casa. Era Ebe, sin duda. El asesino los observó a ambos mientras se ponían manos a la obra, levantaban otro cubo del borde del pozo y lo llevaban de nuevo a la casa. Utilizaron unos cubos más pequeños para rellenar los abrevaderos de los animales. Las cabras inclinaron la cabeza para beber. A lo lejos, en la llanura, su vigilante las imitó.

Se quedó en la depresión de arena hasta que estuvo convencido de que Emsaf no estaba en casa, que dentro solo estaban la mujer y el niño. Después, salió del agujero en cuclillas y corrió hacia su objetivo. Llegó con la respiración agitada y se quedó de pie con la espalda pegada a la pared de barro cocido. A través de una ventana que daba a la parte trasera de la casa, escuchó cómo la madre y el niño comían. Captó la palabra «papá» de boca del niño y, en la respuesta de la madre, escuchó las palabras «*volverá pronto*».

El asesino cerró los ojos para pensar. Era un inconveniente; no muy grande, pero un inconveniente al fin y al cabo. ¿Acaso habían avisado a Emsaf?

No. No le habían avisado de su visita. Si hubiese sido así, Emsaf se habría quedado allí para proteger a su familia. Pero le habían avisado

de algo. ¿Se habría apresurado para advertir a alguien más, o para realizar una tarea que le habían encomendado? Al final, el asesino decidió que ya se enteraría cuando alcanzase a su presa y se olvidó del asunto, por el momento.

El tiempo. El tiempo era lo que importaba. El tiempo era su enemigo.

Se sacó las sandalias y sintió la arena caliente en la planta de los pies mientras rodeaba con sigilo la casa; pasó por debajo de las ventanas, agachado, hasta que llegó a la entrada. Allí, se apostó junto a la puerta, pegado a la pared, y escuchó atentamente para calcular la distancia a la que estaba el niño de su madre. Sacó el cuchillo del cinturón y se pasó la correa de cuero que colgaba del mango por la muñeca.

Esperó. Contó el sonido de las pisadas.

«Ahora».

Apartó la esterilla, entró a toda prisa en la casa, cogió a la mujer por la espalda y le colocó el cuchillo en la garganta; un forcejeo sin importancia que se cortó en cuestión de segundos.

Al otro lado de la habitación, Ebe oyó la disputa, se volvió y vio a un hombre con la cara llena de cicatrices que amenazaba a su madre con un cuchillo. El niño iba despeinado y tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa y el miedo. En una de las manos llevaba un plato con un cuchillo encima. Recorrió la habitación con la mirada.

—Nadie tiene por qué salir herido —dijo el asesino. Mentira. La respiración de la mujer se aceleró—. Chaval, deja el plato y ponte boca abajo.

—No le hagas caso, Ebe —dijo la mujer, con la voz forzada, resuelta.

—Esto no es un juego —advirtió el asesino y pinchó el cuello a Merti con el cuchillo para dar fe de ello. Un poco de sangre goteó de la herida y cayó sobre la muñeca del asesino—. Deja el plato —repitió.

—Recuerda lo que nos dijo papá —jadeó la mujer—. Corre, Ebe. Vete por la ventana. Puedes dejarlo atrás. Habrá venido en caballo. Encuéntralo y huye.

Le agarró del brazo para sujetarse.

El asesino negó con la cabeza.

—Da un solo paso y le rebanaré el gaznate. Haz lo que te he dicho.

Después, todo sucedió muy de prisa: Ebe hizo un rápido movimiento de muñeca y lanzó el plato, el cual se rompió al estamparse

contra la piedra. De su otra mano sacó el cuchillo, cuya hoja llevaba entre el dedo índice y el pulgar. Hizo otro veloz movimiento de muñeca y lanzó el cuchillo hacia el asesino mientras la madre del chico también se movía y hundía los dientes en el brazo del atacante.

Fue un buen lanzamiento de cuchillo, pero el asesino se apartó y la hoja apenas le hizo un rasguño en el hombro. Mientras tanto, la madre del chico le golpeó en las costillas con el codo una, dos veces. Sus golpes eran firmes y certeros; se notaba que ella también había entrenado. El asesino no tuvo más remedio que ocuparse de los dos. En seguida decidió a quién atacar primero; rajó el cuello de la mujer cuando esta intentaba asestarle un tercer codazo. Luego hizo una finta y lanzó su puñal hacia el chico, que se acercaba en un evidente intento de ayudar a su madre a luchar contra él.

El chico se encontraba cerca y el asesino lanzó el arma con puntería. Las manos del joven Ebe se aferraron al lugar de su cuello en el que se había clavado el puñal. La sangre manó a borbotones de la herida. El muchacho hincó las rodillas y, finalmente, cayó de costado. Madre e hijo murieron a tan solo unos pocos centímetros la una del otro.

El asesino ladeó la cabeza y contempló cómo la sangre se convertía en un charco que, entre sus dos víctimas, se mezclaba y empapaba el suelo lentamente. Irritado, torció las comisuras de sus labios durante un instante, pues quería haberlos dejado vivir durante el tiempo suficiente como para poder interrogarlos. Al decidir luchar le habían negado esa posibilidad. Madre e hijo estaban muertos, pero gracias a ello Emsaf había ganado algo de tiempo, quizá incluso la oportunidad de escapar.

Bion suspiró y frunció un poco el ceño. Menudos tercios.

Tomó el camino hacia Ipu en pos de Emsaf.

Su presa era habilidosa, no cabía duda. Cuando pasaban caravanas o mercaderes, este los seguía, y se apartaba del camino si el único que se hallaba allí era él. Sin embargo, aunque tuvo la sensación de que le estaban siguiendo, tardó bastante en confirmar sus sospechas, así que el asesino pudo anticipar su plan antes de que él siquiera lo hubiera ideado.

Cuando atisbó en la distancia el refugio del cazador, pero ni rastro de Emsaf, el asesino supo que era una trampa, el tipo de trampas que

tendería él mismo. Aquello significaba que el destino de Emsaf estaba a punto de decidirse.

Cerca de los campos, a cierta distancia del río, se encontró con un viajero que iba a lomos de un burro cargado de jarrones. El asesino oteó las siluetas de los hombres que trabajaban los cultivos, demasiado lejos como para poder ver lo que iba a pasar.

—Hola —dijo el viajero con alegría cuando lo vio desmontar y acercarse a él, con el puñal escondido bajo su manto.

El hombre levantó una mano para taparse del sol que le daba en los ojos.

—¿Qué puedo hacer por...? —preguntó en tono cordial, pero jamás pudo concluir aquel jovial saludo.

El asesino llevó hacia el refugio al burro, enervado por el olor de la sangre de su dueño muerto, que aún seguía sobre sus lomos. Escondido en la sombra, colocó el cadáver sobre su propio caballo y, haciendo ingeniosos nudos con una cuerda, lo mantuvo como si estuviera en buenas condiciones, erguido, a pesar de que empezaba a dar señales de la típica rigidez de los muertos. Por último, puso su manto al viajero y se alejó un poco para admirar su obra.

El caballo y el jinete muerto partieron y, mientras tanto, el asesino se alejó de allí y rodeó el refugio hasta llegar a la parte de atrás. En la lejanía, vio cómo el cadáver caía del caballo con una de las flechas de Emsaf atravesada en el cuello.

La trampa se había puesto en marcha.

Momentos después, Emsaf salió agachado del refugio. El asesino se le acercó por la espalda, al acecho. Le hizo un tajo con el cuchillo junto a la columna vertebral, en la parte inferior del cuello, lo cual le dejó incapaz de hacer nada más que ver y hablar. A continuación, se puso de cuclillas y le dijo:

—¿Dónde se encuentra el último de los de vuestro linaje?

Emsaf levantó la mirada, afligida pero sagaz, hacia él. Bion se sintió irritado de nuevo. En aquella familia estaban todos hechos de la misma pasta. Estaba perdiendo el tiempo. Hundió el puñal en el ojo de Emsaf y luego lo limpió con sus ropas.

En la llanura, los buitres habían empezado a posarse sobre el cuerpo del viajero. El asesino los contempló distraído, mientras aprovechaba

para descansar un poco antes de emprender su camino. Las aves pronto encontrarían a Emsaf también. Muerte y renacimiento: un ciclo vicioso.

Luego, el asesino encontró el medallón entre las pertenencias de Emsaf y lo metió en su propia bolsa. Por el momento, había concluido aquella misión. Se estiró y respiró hondo. Luego limpiaría sus armas, descansaría un poco e informaría del resultado de su misión. Más adelante, recibiría las siguientes órdenes de a quién debería asesinar y el juego se pondría en marcha una vez más.